

EL HOMBRE SIN HISTORIA

POR JORGE FERRER

LA OBRA DE KURÁYEV (SAN PETERSBURGO, ENTONCES LENINGRADO, 1939) ES UN PUENTE QUE ENLAZA EL PASADO CON EL PRESENTE. EN SU VOZ RESUENA EL ECO DE LA LITERATURA DE LA UNIÓN SOVIÉTICA Y LAS INCERTIDUMBRES Y LOS ANHELOS DE LA RUSIA DEL PRESENTE.

Moscú. Corría la segunda mitad de la década de los ochenta del siglo que se nos acabó hace una larga década. La voz *glasnost*, transparencia, se acababa de hacer un hueco en la cuadrículada jerga política soviética. Las revistas literarias, antes que las editoriales remolonas, buscaban manuscritos que desempolvaban; letras que denunciaran el pasado y permitieran creer que la mutación era irreversible. Los lectores de un país que pronto ya no existiría pedían a gritos las voces silenciadas por el mucho miedo y la peor censura. Cientos de originales que habían permanecido inéditos, salvo en las prensas del *samizdat* o en las editoriales del exilio ruso en Berlín, París y Nueva York, saciaban a duras penas la sed que trajo la libertad recobrada. Sin embargo, eran escasos los nombres verdaderamente nuevos que sumar al catálogo de la literatura rusa.

Ese fue el paisaje en el que irrumpió Mijaíl Kuráyev. Un paisaje después de una batalla, pero sobre todo el que precedía a otra menos cruenta pero no menos intensa por venir: la que han librado los escritores rusos a lo largo de las dos últimas décadas para reencontrarse con la tradición de la literatura clásica

rusa, desde una escritura nueva. En esa contienda, Kuráyev no fue el primero de los soldados, ni ha sido el oficial más condecorado. No se lo vio calar la bayoneta, ni se lo ha visto pontificando desde los montículos que alumbran los focos de la prensa. Con todo, su obra constituye, sin lugar a dudas, el más sofisticado artefacto literario que ha producido la literatura postsoviética, en tanto literatura rusa. Es decir, en tanto sujeta a las venas más genuinas de esa tradición.

En 1987 cierto Mijaíl Kuráyev, un redactor y guionista empleado en los estudios cinematográficos de la entonces Leningrado, tenía algo que ofrecer. Muchos años antes había escrito un relato sobre uno de los tantos episodios sórdidos de la historia de la revolución rusa: el motín de Kronstadt, que fue aplastado a sangre y fuego, y borrado después de los libros de historia. Kuráyev trabajó largos años sobre un texto que se movía entre el ensayo histórico y el ensayo literario, la literatura «fantástica» y la narrativa menos convencional. Hizo llegar el manuscrito a algunas revistas, todavía en tiempos soviéticos; todas lo rechazaron. Había lectores para ellas, ¡vaya si los había!, pero no así editores capaces de correr el riesgo. Pero corrían tiempos distintos y las intensas

páginas de *El capitán Dikshtein* fueron a parar a la redacción de *Novii Mir*, la atalaya máxima de la nueva literatura rusa. Tras unos meses sin obtener respuesta y aprovechando un viaje a la capital, Kuráyev se atrevió a visitar la redacción para inquirir por la suerte corrida por su manuscrito y, eso pensaba, retirarlo. Otras fueron las palabras que lo esperaban: «Hemos leído su texto. Lo vamos a publicar. Traiga más».

Novii Mir publicó *El capitán Dikshtein* en su número de septiembre de 1987. Es el relato de un día en que un anciano sale de buena mañana a vender unas botellas vacías por unos pocos kopeks con los cuales comprar una botella de cerveza para agasajar a un sobrino de visita en la ciudad. La historia transcurre a principios de la década de los sesenta, pero se retrotrae una y otra vez a los tiempos en que aquel pobre viejo se vio implicado en el motín antisoviético de Kronstadt y enseguida descubrimos que nuestro Dikshtein no es en realidad un Dikshtein sino un impostor: un marinero que para esquivar una certera ejecución ante el paredón de fusilamiento se hace pasar por cierto capitán Dikshtein al que conoció fugazmente y vive el resto de su vida oculto bajo esa falsa identidad. El relato concluye abruptamente cuando,

de vuelta a casa, la cerveza ya comprada, el protagonista cae fulminado por un infarto y se descuelga de la historia con su identidad falsa como una figurita más de la anomia soviética.

La lectura de *El capitán Dikshtein* sobrecogió a los lectores. ¡No sabían lo que venía después! El imperativo «traiga más» que el redactor jefe de *Novii Mir* lanzó a aquel Kuráyev que entraba a la literatura rusa con una fuerza tan inédita, como inéditos habían permanecido hasta entonces sus afanes con las letras, tuvo segundo premio, y tercero, y más: *Ronda nocturna*, *Petia camino al reino de los cielos*, *El cerco*...

Ronda nocturna (1988) está armada sobre el monólogo de un ex agente de los servicios de la Seguridad del Estado, un hombre sencillo que narra con pueril naturalidad sus actividades durante los años más duros de la represión estalinista. Si el sabor de una magdalena recordó su infancia al narrador de *En busca del tiempo perdido*, al protagonista de *Ronda nocturna* es una noche blanca de Leningrado la que le trae a la memoria cuán óptima era esa claridad si se trataba de salir a detener a alguien para conducirlo a un interrogatorio que le regalara el billete al Gulag. En *Petia camino al reino de los cielos* (1990) es el «tonto del pueblo», de uno instalado junto a un campo de



concentración soviético, quien nos sirve de espejo en el que vislumbrar el horror del estalinismo. En *El cerco* (2005), Kuráyev se sirve de los diarios de una enfermera atrapada en el Leningrado cercado por el ejército alemán, para evocar su propia infancia, la de un niño que padeció el cerco y escapó de él y con ello de la muerte y el canibalismo.

El acierto de la obra de Kuráyev y el secreto de la impronta que ha dejado en la literatura rusa postsoviética proviene de un atrevimiento mayúsculo: narrar la historia desde la perspectiva de lo minúsculo. La historia grande, la historia oficial, la historia que pesa sobre nosotros ha querido verla desde la mirada del hombre pequeño, el *freak*, el inquilino de los márgenes. Sus personajes se asoman a la historia desde los bordes. La padecen sujetos a esquinas que son también límites. Se agarran de los bordes del tiempo, clavan las uñas en ellos, se izan con músculos adiestrados en los viejos gimnasios del Komsomol o las ignominiosas pruebas del Gulag, ¡hurra!, enseñan sus rostros, los de quienes no parecían tenerlos, porque no habían encontrado asiento en la Historia con inicial mayúscula, la historia narrada.

Kuráyev sacó a pasear por el paisaje de la literatura postsoviética al hombre

sin historia. Con ello consiguió, a un tiempo, enfrentarnos con la fragilidad de los grandes relatos y entroncar con la tradición de la literatura rusa clásica. Gógol, sobre todo. Chéjov, también. Es el primer escritor de la literatura rusa contemporánea que nos permite trazar una línea de lectura, de afectos, de estilo, que une al presente con el pasado en una dimensión eterna de la literatura escrita en lengua rusa. No creo que exista mejor recurso para convertirse en un clásico vivo.

El San Petersburgo de hoy, otrora (también) San Petersburgo, otrora Petrogrado, otrora Leningrado, es, para la cultura rusa, la cuna de una idea y una práctica de la relación del hombre con el saber y la cultura que dio paso al surgimiento de la *intelligentsia*. Mijaíl Kuráyev—quien prefiere llamar Петроград (Petrogrado) a su ciudad, en detrimento del occidentalizante San Petersburgo o el soviétizante Leningrado—ha conseguido traer al siglo XXI el milagro fundacional de la literatura rusa: la grandeza sin estridencias, la monumentalidad sin alardes, la vindicación del hombre sin historia que se ve atrapado de repente, ay, entre los engranajes de esa máquina de moler destinos que llamamos Historia.